



Del internacionalismo al latinoamericanismo. La izquierda en la segunda mitad del siglo XX: aproximaciones intelectuales, políticas y culturales

Introducción

Aldo Marchesi¹ y Rolando Álvarez²

En el año 2010, Emir Sader publicaba *El nuevo topo, los caminos de la izquierda latinoamericana*.³ Tomando la figura del viejo topo de Karl Marx, Sader intentaba mostrar cómo en un contexto internacional marcado por la caída del socialismo América Latina emergía como una esperanza de futuro. El ciclo de gobiernos que se originó en los albores de este siglo era presentado por el autor como el resultado de acumulaciones previas que tenían que ver con la historia latinoamericana. Eventos como las revoluciones de independencia, la Revolución mexicana, los movimientos populistas de mediados de los cincuenta, la Revolución cubana y la Unidad Popular chilena eran interpretados como parte de un movimiento histórico común que se expresaba en la construcción de una izquierda con un proyecto político y con una particular identidad regional que emergía a comienzos del nuevo siglo. En este sentido, el texto de Sader es representativo de cierta memoria construida desde el momento progresista del siglo XXI, en el que una serie de experiencias diversas en América Latina comenzaron a ser resignificadas en una dirección unívoca marcada por la identidad latinoamericana que, en dicha narrativa, inevitablemente convergía con la izquierda en el reciente ciclo de gobiernos progresistas.

El intento de convergencia entre latinoamericanismo e izquierda puede ser rastreable a lo largo del siglo XX. La izquierda localizada en Latinoamérica, que mayoritariamente había sido formada en el internacionalismo y se definía en relación a organizaciones con sede en el continente europeo, gradualmente comenzó a poner atención en los procesos políticos vinculados a tradiciones políticas y culturales regionales que podían ser leídas desde una perspectiva de izquierda. Estos asuntos fueron parte de la discusión de cierta heterodoxia dentro del marxismo en las décadas del veinte y treinta, pero en la segunda mitad del siglo esto se transformó en un aspecto constitutivo de la identidad de la izquierda. Para la década de los sesenta, latinoamericanismo e izquierda parecían ser dos partes de una misma identidad. Sin embargo, en la primera mitad de siglo esto no había resultado tan evidente.

1 Universidad de la República (Udelar).

2 Universidad de Santiago de Chile (Usach).

3 Sader, Emir. *El nuevo topo, los caminos de la izquierda latinoamericana* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009).





La Revolución cubana, que integró la tradición latinoamericanista a la definición marxista leninista, fue tal vez el ejemplo más notorio de esa conjunción. Pero desde los cincuenta se venían desarrollando intentos de síntesis entre tradición latinoamericana y perspectivas asociadas a los valores políticos de la izquierda. El socialista chileno Oscar Waiss describía este ambiente en su prólogo a la segunda edición (1961) del libro *Nacionalismo y Socialismo en América Latina* (1954):

En Venezuela, un poderoso sector de Acción Democrática, incluyendo dos senadores y catorce diputados, se ha separado de la organización matriz, repudiando su oportunismo entreguista y acercándose claramente a las concepciones del marxismo revolucionario. Un proceso similar ha ocurrido en Perú, donde el Apra rebelde se ha escindido del viejo tronco aprista, adoptando un programa muy positivo. También se ha dividido el Partido Socialista de Argentina, cuya ala izquierda adopta rápidamente posiciones revolucionarias y continúa la evolución favorable en el Partido Socialista del Uruguay. En Chile, poderosas corrientes de pensamiento de izquierda se aprontan para volver al Partido Socialista a su camino de vanguardia, momentáneamente abandonado.⁴

El párrafo de Waiss daba cuenta de transformaciones que se estaban dando en fracciones de los partidos socialistas, pero también en las referencias políticas a las que se acercaban en esos procesos. Procesos similares se dieron en otras organizaciones de izquierda que venían del troskismo e incluso del comunismo.

La dinámica histórica de revolución y contrarrevolución en la que se vivió la Guerra Fría en Latinoamérica, sugerida por Greg Grandin en *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*, fue el proceso que habilitó el encuentro de las tradiciones de izquierda internacionalista con otros actores.⁵ Esta corriente latinoamericanista, que se desarrolló desde mediados de los cincuenta y continuó a principios de los sesenta, expresó un encuentro entre grupos críticos de las tradiciones internacionalistas de las izquierdas y aquellos que venían de tradiciones nacional-populares. Para los que venían de la izquierda implicó una relectura de las historias nacionales, encontrando un potencial transformador en movimientos políticos populares que hasta el momento habían sido considerados como el resultado de líderes demagógicos, y también un acercamiento a formas de nacionalismo popular. Para los que venían de las tradiciones nacionalistas implicó incorporar el marxismo como un marco de análisis histórico. En un sentido geopolítico, los militantes de izquierda que participaron de estas ideas tendieron a apartarse de las experiencias internacionales y a tomar como referencia histórica de sus nuevos proyectos políticos a los procesos revolucionarios ocurridos en América Latina durante el siglo XIX y el XX. En la mayoría de dichos militantes ese viraje también estuvo asociado a un cuestionamiento a las prácticas tradicionales de la izquierda, y al entendido de que dicho viraje implicaba una mayor radicalidad, como lo expresaba Waiss en el texto ya citado.

Esta sensibilidad latinoamericanista en diferentes sectores de la izquierda antecedió a la Revolución cubana, y encontró en ella a un movimiento político que se vinculaba claramente con dicho proyecto. Incluso las primeras teorizaciones de la Revolución iban en una dirección similar. En el texto «El Castrismo. La larga marcha de América Latina», que Regis Debray escribió en *Les Temps Modernes* en 1964 y que lo catapultó en una suerte de intelectual orgánico de la Revolución cubana, se describía al castrismo como un nacionalismo revolucionario que, aunque guardaba continuidades con experiencias nacionalista-populares previas, había logrado asociar la idea de nacionalismo desde una perspectiva de clase, suplantando el nacionalismo bonapartista que se encontraba en decadencia. A mediados de la década, Cuba se había transformado en la

4 Waiss, Oscar. *Nacionalismo y Socialismo en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Iguazú, 1961), 10.

5 Grandin, Greg. *The Last Colonial Massacre* (Chicago: Chicago University Press, 2004).





principal referencia de dichas ideas latinoamericanistas vinculadas a las tradiciones históricas del continente, en las que aparecían desde Bolívar y San Martín hasta José Martí como antecedentes de la propia Revolución cubana.

Pero más allá de los encuentros entre latinoamericanismo e izquierda que se expresaron en la Revolución cubana y fueron el resultado de la radicalización de ciertos sectores de la izquierda marxista, así como de las tradiciones nacional-populistas en diferentes lugares de América Latina, existieron también otras formas de construir y reflexionar sobre la identidad latinoamericana que derivaron en un encuentro con la izquierda. En el campo del catolicismo, la llamada opción por los pobres, construida como una adaptación latinoamericana al proceso de renovación que implicó el Concilio Vaticano II, también llevó a una reflexión sobre las características particulares del continente dentro de la comunidad religiosa, que derivó en el desarrollo de diversas propuestas pedagógicas, teológicas y políticas que tendrán puntos de encuentro con la izquierda latinoamericana. Por último, en el campo intelectual determinadas corrientes vinculadas al desarrollismo justificaron su crítica al orden económico global desde una perspectiva que tenía más que ver con el lugar de Latinoamérica que con los conceptos de clase. La radicalización del desarrollismo en su versión dependencista llevó a un acercamiento a la izquierda de diversas corrientes de pensamiento económico, social y cultural.

En este sentido, el latinoamericanismo de izquierda no fue una idea única, homogénea, lineal. Existieron diferentes maneras en que los latinoamericanismos se encontraron con diversos proyectos de izquierda en el campo de la sociedad y la cultura. Además, aunque hoy se recuerda como algo evidente dentro de las izquierdas, dichos latinoamericanismos estuvieron mediados, interpelados y, en algunos casos, contradichos por categorías como nuevas maneras de concebir el internacionalismo, así como el tercer mundismo o el nacionalismo que incidieron en las maneras en que estos grupos se definían.

En la posguerra fría la tendencia hacia la latinoamericanización se acentuó. Luego de la caída del Muro de Berlín y el fin de los socialismos reales, algunas experiencias políticas encontraron en las raíces latinoamericanas un camino para repensar su identidad política. Dicho proceso de latinoamericanización de la izquierda en la región resultó central en el desarrollo de un espacio político regional que, como decíamos al inicio, fue conformando gradualmente una identidad particular que los distanció de otras izquierdas y que, durante este siglo, adquirió una significación particular en el orden global donde la izquierda parece perder influencia en otras áreas del mundo.

Con el objetivo de reflexionar sobre este proceso, realizamos una convocatoria abierta a investigadores interesados en profundizar en las diferentes maneras en que la izquierda se fue fortaleciendo y reformulando a partir de ese encuentro con diferentes fuentes del latinoamericanismo. El resultado final de esta convocatoria son tres excelentes artículos que trabajan sobre el espacio de la izquierda en el Cono Sur durante los cincuenta y sesenta.

En su artículo *El joven Methol: cristianismo, marxismo e izquierda nacional «argentina»*, Héctor Ghiretti trabaja la relación de Alberto Methol Ferré, un intelectual uruguayo influenciado por el catolicismo, con una serie de intelectuales que se proponen el desarrollo de la izquierda nacional en Argentina durante los cincuenta y primeros sesenta. Dicho intercambio muestra los diversos caminos y componentes ajenos a la ortodoxia marxista de los que se compone parte de la reflexión en torno a la izquierda nacional. En *La izquierda socialista de los 60 y el «camino propio» de la revolución argentina*, María Cristina Tortti estudia las maneras en que la identidad del Partido Socialista argentino se ve modificada por fenómenos que dan cuenta de la experiencia histórica latinoamericana, como lo fue el desarrollo de los populismos, en este caso en su versión





peronista y la Revolución cubana. Por último, Tanya Harmer en «*Seremos como el Che*»: *Chilean elenos, Bolivia, and the cause of latinoamericanismo, 1967-1970* estudia una particular identidad latinoamericanista vinculada al proyecto de la revolución continental impulsado por la Revolución cubana, pero que cuenta con la adhesión de importantes contingentes de militantes en los diferentes países de la región. En este caso, Harmer estudia la trayectoria de un grupo de militantes chilenos en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) formado por el Che en Bolivia.

Los tres artículos trabajan las maneras en que esas ideas trascendieron los escenarios nacionales: la correspondencia del uruguayo Methol Ferré con intelectuales de la izquierda nacional argentina ayudó a construir la idea de izquierda nacional, el papel de Cuba resulta central para entender las transformaciones del Partido Socialista argentino, y los militantes del ELN que se mueven ente Cuba, Bolivia y Chile son centrales para entender el latinoamericanismo continental que promueve un actor que busca trascender la lucha local. Asimismo, muestran la diversidad de significados del término Latinoamérica, y los diversos elementos que nutren dicha identidad. Mientras que para algunos tiene que ver con la identidad espiritual del continente, para otros estará vinculada a los estilos de liderazgo político en que las masas urbanas se han habituado a participar de la lucha política del continente, y para otros es una estrategia política militar para llevar adelante la revolución.

Los textos dan cuenta de que los caminos de latinoamericanización de la izquierda fueron múltiples y posibilitaron el acceso a esa corriente de otras que le eran ajenas, como el populismo y el catolicismo. Pero dicho proceso estuvo cargado de contradicciones e incertidumbres que llevaron a la ausencia de una denominación común para agrupar a esta diversidad de experiencias durante la segunda mitad del siglo. El sentido histórico común desde el que hoy se construye al conjunto de aquellas experiencias no era percibido de la misma manera por aquellos actores. En este sentido, la pregunta sobre los orígenes de dicha identidad particular en un contexto global que emergió en este siglo esta aún abierta.